

EL DUQUE DE WELLINGTON EN ESPAÑA

por SIR CHARLES PETRIE

Presidente de la Sociedad de Historia Militar
de Irlanda, Miembro Correspondiente de la Real
Academia de la Historia Española

Es difícil sustraerse a la conclusión de que lo que los ingleses llaman la Guerra Peninsular y los españoles denominan Guerra de la Independencia, raramente ha sido tratada con objetividad, particularmente en los países afectados; y, sin embargo, a menos que no se haga así, la parte que en ella tomó Wellington corre el peligro de quedar oscurecida. En su mayoría, los historiadores británicos la han descrito como una lucha directa entre sus paisanos y los franceses, en la que los españoles y portugueses desempeñaron el papel de masas, a la manera de las obras históricas de Shakespeare; los historiadores españoles, por otra parte, han tendido a presentar aquella guerra como un levantamiento nacional contra un invasor extranjero, en el que los patriotas fueron auxiliados por una fuerza expedicionaria británica; mientras que los franceses, muy comprensiblemente, fueron propensos a tratarla como un asunto de una importancia relativamente secundaria. En estas circunstancias se hace necesario examinar, aunque sea con brevedad, la naturaleza de la lucha, antes de proceder a un estudio de la parte personal que Wellington tomó en ella.

Se ha escrito tanto sobre este asunto que muy bien puede pensarse que no queda ya sobre él más que decir. En el sentido de que no puede encontrarse nada nuevo de naturaleza sensacional, ya en el campo de la estrategia, ya en el de la diplomacia, la observación es justa; pero cuando se trata del punto de vista y carácter de aquellos que intervinieron en la lucha, nos encontramos entonces con que cada año que transcurre aumentan aquí nuestros conocimientos de un modo considerable. La guerra está documentada excesivamente bien, pero no es una exageración decir que solamente ahora podemos realmente «introducirnos» en las

mentes de los combatientes. Tampoco hay que buscar muy lejos la razón de esto. La presente generación, lo mismo en España que en las Islas Británicas, tiene un conocimiento personal del arte militar que la permite comprender mucho de lo que estaba oculto para aquellos que vivieron hace cincuenta años. Existe en particular la técnica de la «resistencia» a un invasor, la cual se perfeccionó en tantos países durante la segunda Guerra Mundial y fué, ciertamente, convertida en un arte depurado. No puede existir duda respecto al valor de los movimientos secretos en Francia y en Italia para los ejércitos invasores anglo-americanos, siendo exactamente la misma clase de ayuda por parte de los *guerrilleros* españoles al comienzo del pasado siglo lo que hizo posible la victoria de Wellington. Fué la estrecha cooperación entre él y el pueblo español en armas lo que constituyó la clave de su éxito; esta cooperación continuó intacta hasta que los ejércitos de Napoleón fueron rechazados a través de los Pirineos y los vencedores pisaron el suelo de Francia.

Cuando Wellington llegó a Portugal por primera vez en 1808 no tenía más de treinta y nueve años, pero ya contaba en su haber con largas jornadas de servicio activo de un carácter muy variado. Inglaterra y Francia habían estado en guerra casi constantemente desde 1793, no habiendo faltado, por lo tanto, para un joven oficial la ocasión de estudiar la profesión. En su primera juventud Wellington había estado en una academia militar francesa, porque entonces no se encontraba nada parecido en Inglaterra: esta experiencia fué muy valiosa, porque no sólo permitió a Wellington dominar el idioma galo, sino aprender también mucho de la psicología de aquellos con quienes iba a combatir en años posteriores. Esto ocurrió antes de la Revolución Francesa, y cuando estalló la guerra contra la Francia revolucionaria Wellington sirvió en varias campañas en los Países Bajos. Después fué a la India durante algún tiempo, siendo testigo de un arte militar de un tipo completamente distinto; sin embargo, pronto dominó su técnica, como se probó por la gran victoria que consiguió sobre los mahrattas en Assaye. A su vuelta a Europa tuyo el mando de una pequeña fuerza británica, que fué enviada a Dinamarca, y allí se distinguió nuevamente. Por consiguiente, a pesar de su juventud, si se le juzga por las normas militares modernas, Wellington era un jefe capaz y experimentado cuando vino a España y Portugal.

Esto por lo que hace al soldado; estudiemos ahora al hombre. Wellington nació en Irlanda, y fué indiscutiblemente el más gran soldado que aquel país, verdadera cuna de combatientes, ha producido; pero

nada había en él del irlandés tradicional. Reservado y austero, raramente manifestaba cualquier emoción, teniendo una vehemente aversión a que lo hiciesen otros. Era, efectivamente, lo que muchos equivocadamente creen es el inglés típico. La razón de esta paradoja está en que aunque los antepasados de Wellington habían estado residiendo en Irlanda durante largo tiempo, tenían origen inglés, y siempre habían permanecido allí como extranjeros. Además eran protestantes, y esto tendía también a alejarlos de la masa de la población. Formaban parte, ciertamente, de la guarnición inglesa, y el mismo Wellington representaba el punto de vista de la que entonces era una minoría dominante. Ello constituía, a la vez, su fuerza y su debilidad. Despreciaba a la masa del pueblo irlandés, a la que consideraba desequilibrada e indisciplinada, y el desprecio daba color a su actitud respecto a sus propios soldados.

La consecuencia de esto es que Wellington, con todas sus virtudes, no era *simpático* (1), no estando por naturaleza bien dotado para comprender el punto de vista de sus colegas españoles, y menos todavía para compartir sus sentimientos. Si hubiera sido un auténtico irlandés, la cosa habría resultado muy diferente. Por otra parte, Wellington llegó a conocer a España de un modo muy superior al de cualquiera que hubiese estado en su posición, aun en tiempos más recientes. Desde el momento que desembarcó en Lisboa el 22 de abril de 1809 hasta que cruzó la frontera francesa a la cabeza de su ejército victorioso, en octubre de 1813, esto es durante un período de cuatro años y medio, nunca abandonó la Península. Un general del siglo xx se hubiera encontrado con que continuamente era llamado a Londres para celebrar consultas con los miembros del gobierno, y hubiera sido distraído por todo género de consideraciones y responsabilidades completamente ajenas a su principal misión de derrotar al enemigo en campaña. No fué éste el destino de Wellington. Siempre estuvo moviéndose en el país cuya liberación de los franceses constituía su misión; de este modo llegó a tener no sólo un conocimiento sin igual de la topografía española, sino también del pueblo español. Durante todos estos años difícilmente transcurrió un día en el que no discutiera asuntos con un grande del reino, con un cura de aldea o con un *guerrillero* o alcalde de pueblo; y no es mucho decir que su éxito fué debido no en pequeña parte a ese su íntimo conocimiento del país y sus habitantes. En tales circunstancias puede pro-

(1) En español en el original.

clamarse con seguridad que las faltas del carácter de Wellington fueron corregidas a lo largo por las lecciones de la experiencia.

Se ha dado demasiada importancia por los escritores ingleses a las quejas de Wellington contra sus aliados españoles. Hay que reconocer que a veces se impacientaba con compañeros como Cucsta, y no intentó disfrazar su exasperación con los políticos que estaban en Cádiz; pero era igual de franco respecto a las que le parecían deficiencias del gobierno británico o frente a la conducta de sus propios soldados. No era hombre que sufriese a los tontos, o a quienes consideraba como tales, gustosamente, y decía lo que pensaba de aquellos con quienes estaba en desacuerdo, ya fuesen españoles, portugueses o británicos. Era extremadamente parco en alabanzas, pero nunca hizo distinción alguna basada en la nacionalidad entre aquellos en quienes confiaba, y el primero de éstos fué el Marqués de la Romana.

Es verdad que cuando Wellington entró en Francia dejó el grueso de las fuerzas españolas al sur de los Pirineos, y aquellos escritores ingleses, tales como Napier, que eran hostiles a España, no tardaron en sacar la conclusión de que Wellington compartía sus prejuicios. Sin embargo no debe haber duda de que al actuar de tal modo lo hacía por razones políticas y no personales. En vista de las atrocidades cometidas demasiado a menudo por las tropas de Napoleón en España, no hubiera sido más que natural que los soldados españoles hubieran tomado represalias siempre que se les hubiese presentado oportunidad para ello. Es imposible creer que un hombre como Wellington se sorprendiese por ello, y sus actos fueron aquí dictados seguramente sólo por el deseo de facilitar las operaciones militares que dirigía.

Su principal objeto era evitar un levantamiento del pueblo francés en defensa del régimen, tal como el que había tenido lugar cuando los ejércitos aliados entraron en Francia en los primeros días de la Revolución. Cualquier reacción de esa naturaleza hubiera aumentado inmensamente la dificultad de su tarea y hasta podría haberla hecho imposible. Lo que Wellington quería hacer era introducir una cuña entre el pueblo francés y Napoleón. Poco después de cruzar el Bidasoa recibió información relativa a que Burdeos estaba dispuesto a alzarse por los Borbones, como así lo hizo luego. Si Wellington hubiera sido acompañado por un gran contingente español, naturalmente deseoso de vengar viejos agravios, Francia podía fácilmente haberse hecho una «piña» alrededor de Napoleón una vez más. Debe recordarse también que la política oficial del gobierno británico era la de que Inglaterra hacía la

guerra a Napoleón, no a Francia; porque Lord Liverpool, Primer Ministro británico, y sus colegas estaban lejos de abogar por locuras tales como la «rendición incondicional», y constituía un deber para Wellington el llevar adelante la política de su gobierno. Estas fueron las razones por las que no llevó consigo una gran fuerza española cuando invadió Francia. Por lo demás, desde luego, había dificultades entre él y las autoridades españolas, pero sería difícil, si no imposible, mencionar una alianza de una naturaleza similar que no estuviese caracterizada por los más violentos altercados entre las partes interesadas.

Existe algo sobre lo cual no cabe duda, y es que durante todas las etapas de la guerra Wellington recibió una ayuda inestimable por parte de los *guerrilleros*, aunque ésta no era la primera vez que desempeñaban un importante papel en el arte militar español. El Mariscal Duque de Berwick tiene muchas referencias en sus Memorias de las actividades, en la Guerra de Sucesión, de los *miqueletes*, que ya en su tiempo eran una institución establecida de antaño. Sin embargo, hasta que Napoleón invadió su país los *guerrilleros* no se hicieron famosos en toda Europa. La crueldad de las tropas francesas arrastró al pueblo español a la desesperación, y con aquellas armas que pudieron conseguir se lanzaron «al monte» para luchar contra el invasor, mucho después que los ejércitos regulares españoles hubieran sido dispersados por la abrumadora superioridad numérica del enemigo. El movimiento fué espontáneo y brotó en toda España; ciertamente no fué inspirado u organizado, o siquiera muy controlado por el gobierno que actuaba en Cádiz.

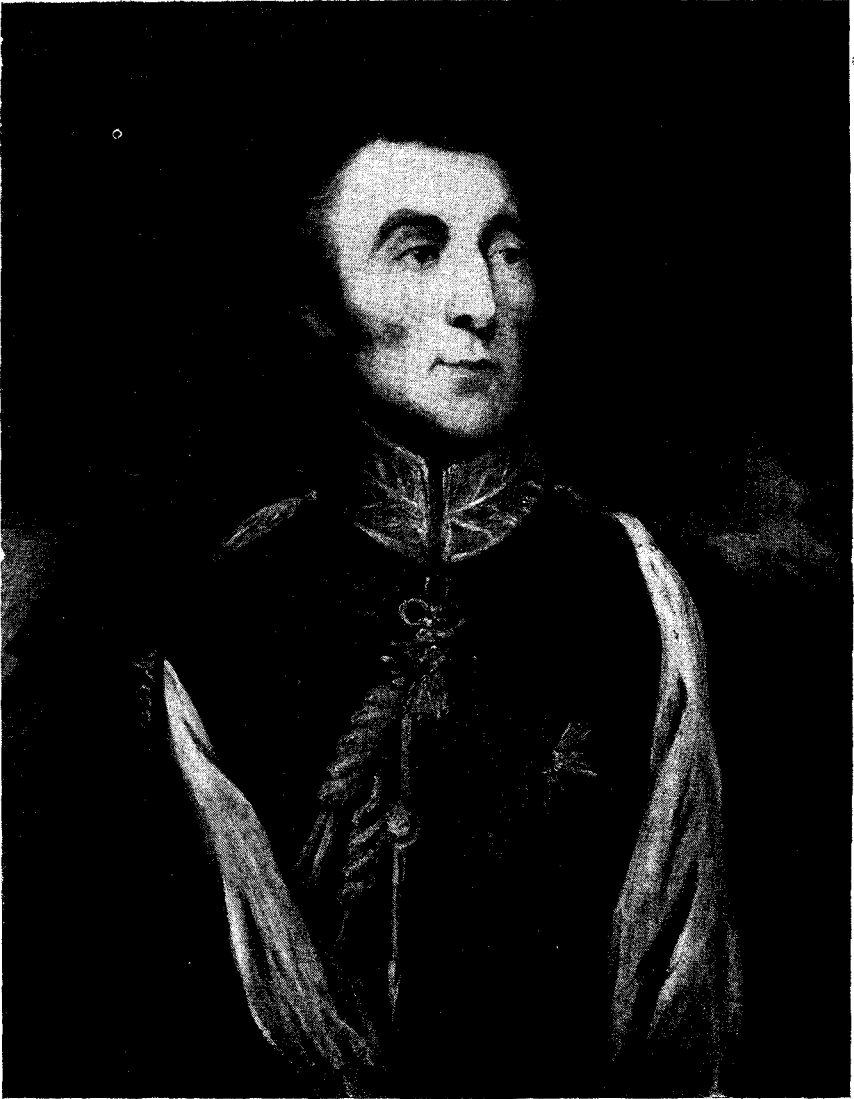
El Ejército francés fué durante largo tiempo una de las glorias de Europa, y nadie querría refutar su fama; pero no puede ignorarse el hecho de que a menudo actuó con muy poco acierto durante la Guerra de la Independencia, aunque ello fué debido, en no pequeña parte, al hecho de que oficialmente se esperaba vivir sobre el país. Esto de por sí ya constituía un error, pero más grave fué aún el ejemplo dado por los generales de Napoleón, de lo que pueden citarse dos ejemplos muy representativos. El Mariscal Kellerman, en Valladolid, ordenó personalmente que se aplicase fuego lentamente a las manos y pies de un muchachito, con la esperanza, que se demostró vana, de hacerle confesar que había llevado vituallas y municiones a los patriotas. Cuando el Mariscal Suchet estaba a punto de asaltar la ciudadela de Lérida, en mayo de 1810, llevó delante de sus tropas atacantes toda la población no combatiente, porque, para citar sus propias palabras, «se había contado

con que el gobernador y los oficiales más resueltos serían influenciados por la presencia de estas mujeres, niños, ancianos y labriegos desarmados». Como muy acertadamente comentó el historiador inglés Sir Charles Oman, «el hecho coloca a aquel ilustre escritor y hábil gobernante Luis-Gabriel Suchet al nivel moral de un rey de Dahomey». Las atrocidades engendran atrocidades, y horrores tales como estos explican por qué los guerrilleros españoles no eran demasiado suaves en sus métodos y por qué los soldados franceses cautivos o heridos estaban a menudo en capilla poco tiempo. Había mucho que vengar.

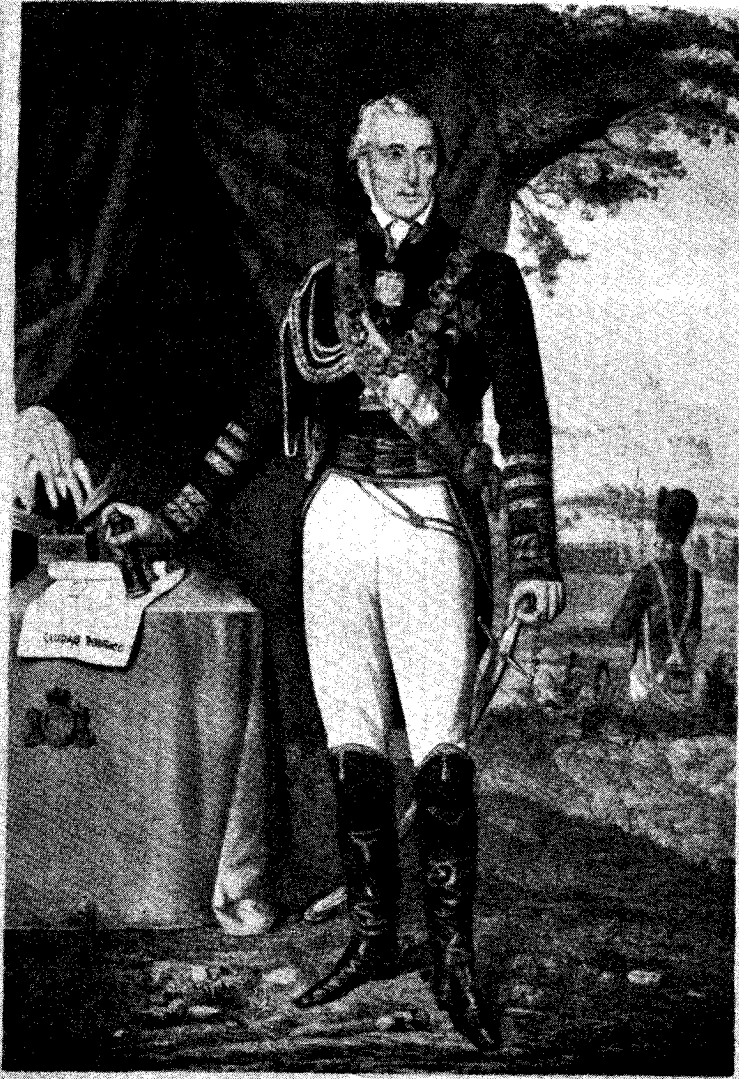
Los jefes de los *guerrilleros*, como aquellos de la resistencia francesa en la segunda Guerra Mundial, procedían de todas las clases sociales, aunque el ciudadano de la clase media era bastante raro. Quizás el más conocido de ellos fué el famoso *Empecinado*, y entre él y Wellington se estableció una relación muy estrecha. Su carrera fué la típica de muchos patriotas. Su verdadero nombre era el de Juan Martín, y procedía de Castrillo de Duero, donde había sido un labriego. Tenía treinta y tres años cuando Napoleón invadió España y ya había prestado servicios en la guerra contra Francia en 1794. En vista del efecto de la brutalidad francesa sobre el pueblo español, no deja de tener interés el señalar que lo que originalmente arrastró a *el Empecinado* a tomar las armas fué el asesinato del joven hijo de su patrono. Tal fué el hombre a quien la población de Madrid aclamó tan calurosamente cuando apareció en un balcón con Wellington, después de la batalla de Salamanca.

Otro *guerrillero* famoso fué Jerónimo Merino, *el Cura Merino*, como se le llamaba porque era sacerdote, algo más viejo que *el Empecinado*, ya que tenía treinta y nueve años cuando empezó la guerra. También tomó las armas como consecuencia de la actuación de los franceses en su aldea de Villaviado, en la provincia de Burgos. El movimiento de resistencia no se reducía, sin embargo, a Castilla, porque en toda España los *guerrilleros* estaban en actividad, desde Porlier—el pariente, nacido en América, del Marqués de la Romana, amigo de Wellington—en las montañas cantábricas y el Barón de Eroles en Cataluña, hasta *el Mantequero* en la lejana Andalucía. Estos guerrilleros, como sus sucesores en la segunda Guerra Mundial, adoptaban en muchos casos nombres supuestos, con objeto de ocultar su identidad y de este modo proteger a sus familias de las represalias enemigas.

Durante los primeros años de la guerra, Wellington siempre estuvo en inferioridad numérica respecto a los franceses y sólo podía hacer



Retrato de Lord Wellington, por W. Etty (Colección Lázaro Galdeano)



Arthur Wellesley

Arthur Wellesley, duque de Wellington y de Ciudad Rodrigo. (Del libro de Pedro Chamorro y Baquerizo, *Estado Mayor General del Ejército Español*; Madrid, 1851)

algo asestando un golpe repentino de cuando en cuando a uno u otro grupo enemigo, porque una vez que las fuerzas napoleónicas empezaron a concentrarse contra él tenía que replegarse sobre Portugal y sobre su base en Lisboa. Los principales ejércitos españoles, aunque no por su culpa, habían sido puestos fuera de combate mucho antes de que él apareciera en el país, y la única resistencia efectiva hecha contra el invasor fué la de los *guerrilleros*. Estos ataban las tropas francesas a las comarcas en que operaban, y así hacían extremadamente difícil para los generales de Napoleón el unirse contra Wellington, que era el único medio de derrotarlo. Tampoco eran los patriotas fáciles de suprimir, y su amenaza sobre los franceses aumentaba más bien que disminuía al pasar los años. Guerrilleros indomables y evasivos como Mina en Navarra, Julián Sánchez en Castilla la Vieja y Porlier en las sierras cantábricas, encontraban relativamente fácil cuando la presión en una región era demasiado fuerte para ellos trasladarse a otra; estaban seguros, además, de que la caza aflojaría pronto y de que podrían entonces volver a sus viejos lugares de acción tranquilamente.

La cooperación con los británicos fué mucho más completa de lo que siempre se supuso. Esto fué especialmente lo que ocurrió en las montañas cantábricas, donde actuaban Longa y Porlier con bandas que asumían la magnitud de pequeños ejércitos. Podían comunicar con el mar, por medio de una docena de pequeños puertos, y sacar armas y suministros de las fragatas inglesas que estaban en el Golfo de Vizcaya. Existían docenas de pequeñas bandas, cada una apoyada en su propio valle, pero capaces de unirse a sus vecinas para un golpe de mano repentino. Una y otra vez las columnas francesas escalaron con esfuerzo estas sierras partiendo de las llanuras del Duero, emprendiendo la caza de los patriotas. Algunas veces los alcanzaban y les infligían severas pérdidas; pero la mayor parte de las veces eran eludidas por sus enemigos, que se refugiaban en cualquier alejado rincón de las montañas, al que llegaban por senderos que las tropas regulares no podían seguir. Estaba descartado el guarnecer cada valle alto con una fuerza que pudiera resistir una leva general de los guerrilleros. Aun las pequeñas poblaciones, como Potes y Liébana, cuartel general de Longa normalmente, que fueron tomadas repetidas veces, no podían mantenerse sublevadas de modo permanente.

En el Este de España los acontecimientos seguían el mismo curso, aunque allí el apoyo de la armada británica era aún más eficaz, porque el camino por el que los franceses tenían que avanzar estaba en varios

puntos dentro del alcance de los cañones británicos. El Mariscal Suchet, por ejemplo, hubiera tenido ya de por sí bastante preocupación si solamente hubiese tenido que contender con los *guerrilleros*, pero su misión se complicó grandemente por la ayuda que aquéllos recibían de los barcos de guerra que continuamente estaban frente a las costas de Cataluña y Valencia.

Ya permaneciese Wellington a la defensiva o tomase la ofensiva, los *guerrilleros* eran sus ojos y oídos. Ellos le informaban y se encargaban de que los franceses, como tal sucedía, operasen en la oscuridad. Por ejemplo, Massena entró en Portugal en septiembre de 1810, pero hasta fines de diciembre siguiente estuvo completamente aislado del mundo exterior por los patriotas; ni un solo parte le llegó y ni siquiera un emisario secreto entró en su cuartel general. Dos años más tarde, el 14 de julio de 1812, un oficial inglés escribía: «Longa acaba de mandarnos una carta interceptada; menos a unos doce, mató a los cuatrocientos hombres que la escoltaban; se dice en ella de los preparativos de Rusia para combatir contra Napoleón.» Estaba claro que desde el punto de vista francés las cosas se habían puesto muy difíciles cuando cuatrocientos hombres no bastaban para proteger a un correo portador de despachos. Unos pocos días después tuvo lugar un hecho que proporciona un ejemplo aún más importante del valor de los *guerrilleros* para Wellington, porque otra comunicación, cogida por ellos, le informaba que el Rey José dejaba Madrid para unirse a Marmont; lo que significaba que el mismo Mariscal no sabía nada del auxilio que venía hacia él. Esto permitió a Wellington dar, y ganar, la batalla de Salamanca antes de que tuviera lugar la unión de los dos ejércitos franceses. Pocos generales en el curso de la historia han tenido tales ventajas en materia de información militar. Wellington solía pretender que siempre podía decir lo que estaba ocurriendo en el bando contrario, y la pretensión estaba justificada; pero el que ello fuera exacto era debido a sus aliados españoles.

No era esto todo, ya que las actividades de los *guerrilleros* impedían aquella concentración de tropas francesas que durante largo tiempo constituyó la mayor amenaza para Wellington y su ejército. Por ejemplo, durante el importante invierno de 1810-1811, *el Empecinado, el Médico* y Julián Sánchez se bastaron para contener en Castilla solamente a no menos de veinte mil soldados franceses. El resultado fué que aunque los ejércitos invasores eran ciertamente muy numerosos, y así continuaron hasta que fueron «ordeñados» para la invasión de Rusia, una no

pequeña parte de ellos estaba inmovilizada en misiones de guarnición; así solamente podían concentrarse con dificultad y con la pérdida cierta a favor de los patriotas del distrito del cual habían sido retirados. Era éste un estado de cosas muy distinto del que existía en Italia, Alemania y los Países Bajos. Allí, una vez que el enemigo había sido derrotado en el campo, el país en cuestión capitulaba sin ulterior dificultad, no habiendo necesidad para el alto mando francés de destacar tropas con el fin de mantener las comunicaciones o tener sujeta a la población civil. Wellington recibió gran ayuda de las condiciones de la lucha española, porque, como el General Franco en la Guerra Civil, no necesitaba preocuparse por la seguridad de sus comunicaciones. El pueblo estaba a su lado como un solo hombre y podía confiar en él para proteger su retaguardia.

En un aspecto en particular mostróse Wellington a gran altura, y ello fué en su apreciación del valor del poder naval; fué un precursor de lo que hoy se denominan «operaciones combinadas». Utilizó el dominio del mar por parte de la Gran Bretaña para apoyar por tierra su campaña y la de sus aliados. La resistencia española al invasor en el Este y en el Noroeste fué mantenida viva debido en gran parte al auxilio de la flota británica; la fuerza de la línea de Torres Vedras consistía en el hecho de que no podía ser envuelta, ya que su flanco se apoyaba en el mar; mientras que el acortamiento de las comunicaciones marítimas de Wellington en 1813 por el traslado de su base desde Lisboa a Santander ayudó materialmente a la derrota de Soult.

En otro aspecto también debe admitirse que Wellington fué extremadamente afortunado, y ello fué en la determinación de Napoleón de dirigir personalmente las operaciones francesas, porque nunca permitió a sus generales la menor autonomía en campaña; con el Emperador viajando tan a menudo, la situación se hizo insostenible, puesto que al fin dictaba las más detalladas instrucciones en relación con la guerra de España desde países muy alejados, y finalmente desde el mismo Moscú. En su consecuencia, llegaban con retraso de semanas, y cuando lo hacían eran desesperadamente tardías; pero sin embargo tenían que ser obedecidas al pie de la letra. Al mismo tiempo los mariscales franceses reñían entre ellos enérgicamente y hacían poco o ningún caso de las órdenes del Rey José, que estaba en Madrid. Si Wellington y sus aliados españoles tenían sus dificultades, había compensaciones en la forma en que trabajaba el alto mando en el bando francés.

Pasemos ahora de lo general a lo particular. Wellington no se mostró

a gran altura en el empleo que él hizo de su Caballería, aunque debe tenerse en cuenta que, excepto para la misión de reconocimiento, la Caballería británica no era señaladamente buena y que hasta posteriores etapas de la guerra fué relativamente débil numéricamente. Nadie ha puesto en duda aquí el valor ni de los oficiales ni de la tropa, pero tanto unos como otros eran propensos a escaparse de la mano después de una carga, y en cierta ocasión Wellington escribió: «Nuestros oficiales de Caballería han adquirido el hábito de galopar por todo. Nunca consideran la situación, nunca piensan en maniobrar ante el enemigo y nunca se reservan o nunca proveen lo necesario para tener una reserva.» Siendo tal el caso, no es sorprendente en modo alguno que Sir William Napier escribiese que «la enérgica persecución de un enemigo derrotado no era una característica destacada de la táctica de Lord Wellington»; pero Sir Charles Oman debe haber estado más cerca de la verdad cuando observaba que «no hay que ocultar el hecho de que la repugnancia de Wellington para emplear grandes ataques de caballería era, en el fondo, debido a sus dudas respecto a la destreza táctica de sus oficiales superiores y a la facultad de sus regimientos para maniobrar». Ciertamente que nada existe en la historia de sus campañas comparable con la persecución por Murat de los derrotados prusianos después de Jena o con la de Gneisenau después de Waterloo.

Sin embargo, debe recordarse en favor de Wellington que siempre tuvo que poner en práctica la más rígida economía por lo que se refería al potencial humano. En el mismo comienzo de la guerra le previno George Canning, Secretario británico para el Exterior: «Tendrá usted presente que el ejército que ha sido destinado por Su Majestad para la defensa de España y Portugal no es simplemente una parte considerable de la fuerza disponible de este país; es en realidad el Ejército británico. El país no tiene otra fuerza disponible. Podría, con un gran esfuerzo, reforzar el ejército para un fin adecuado; pero no se ha de enviar otro ejército.» Canning no exageraba el caso cuando escribió estas palabras. Sir Winston Churchill dijo durante la primera Guerra Mundial que el Almirante Jellicoe era el hombre que pudo haber perdido la guerra en una hora, y lo mismo puede decirse de Wellington. Un error y el Ejército británico se hubiera perdido, y con él la causa de la independencia española.

No deja de ser interesante el notar que durante muchos años Napoleón despreció a Wellington, a quien definía como un «general cipa-

yo» (2), y ésta puede haber sido una de las razones por las que el Emperador nunca volvió a España. En la mañana de Waterloo le dijo a Soult: «Porque habéis sido derrotado por Wellington lo consideraréis un gran general. Y yo os digo que Wellington no es un gran general, que las tropas inglesas son malas, y que esto será cosa de un *almuerzo*.» Los acontecimientos de las pocas horas próximas le hicieron cambiar sus pensamientos, y durante su viaje a Inglaterra confesó a Bertrand: «El Duque de Wellington es igual que yo en la dirección de un ejército, con la ventaja de tener más prudencia.»

Nunca fué esta cualidad de prudencia más necesaria o mejor puesta de manifiesto que durante los primeros años de la guerra. Los ejércitos españoles, debiendo en gran parte su abandono a Godoy, no pudieron hacer ninguna resistencia eficaz a las fuerzas francesas, infinitamente superiores en campaña, mientras que el contingente británico era relativamente pequeño. De este modo, después de su golpe inicial en Talavera en 1809, Wellington tuvo que replegarse dentro de Portugal, porque intentar cualquier ofensiva hubiera sido cortejar al desastre. Los franceses se encontraban en superioridad abrumadora, y tan pronto como sus ejércitos se reunieron el jefe británico tenía que evitarlos en campo abierto. Massena le siguió a Portugal, pero a su vez fué obligado a replegarse. A partir de aquí las condiciones, lenta pero seguramente, empezaron a cambiar a favor de Wellington. Los mariscales franceses peleaban entre sí aún más fuertemente, y hacían, como hemos visto, poco o ningún caso de las instrucciones procedentes del Rey José, que estaba en Madrid. Napoleón continuaba dirigiendo las operaciones hasta el más mínimo detalle desde París, y se negaba a consentir cualquier cosa que se pareciese a un mando unificado en España. Por otra parte, el movimiento de la resistencia española continuaba fortaleciéndose más y más, y las fuerzas británicas fueron aumentadas en número, hasta que Wellington se encontró a la cabeza de un ejército de un volumen respetable. Así en el verano de 1812 pudo echarse sobre Marmont en Salamanca y aplastarle en una de las más científicas batallas de los tiempos modernos; como un contemporáneo lo resumió admirablemente, cuarenta mil hombres fueron derrotados en cuarenta minutos.

Lo que siguió es demasiado bien conocido para que requiera ser descrito en cualquier detalle. El Rey José fué obligado a abandonar

(2) *N. del T.*—Cipayo, en la India, era un soldado indígena al servicio militar de los europeos, especialmente de los británicos.

Madrid, y para restablecer la posición francesa en Castilla, Soult se vió forzado a evacuar Andalucía, que así aseguraba su liberación final. Entonces Wellington cometió uno de sus pocos errores, atacando a Burgos con fuerzas insuficientes, y este error parece fué debido a excesivo optimismo. Pensó que los franceses tardarían más tiempo en recuperarse de su derrota en Salamanca de lo que en realidad resultó, y llevó consigo a Burgos para someter la plaza fuerzas insuficientes, sin ninguna artillería de sitio apropiada. Sin embargo, como siempre, si cometió un error, también dedujo de él la oportuna enseñanza, y al año siguiente en San Sebastián no corrió ningún albur. Por el momento, se vió obligado a evacuar Madrid y a retirarse sobre la frontera portuguesa, aunque ya por la última vez.

Sin embargo, en otro sitio cualquiera existían fuerzas que estaban haciendo sentir su influencia sobre el curso de los acontecimientos en España. Napoleón había decidido invadir Rusia, y para reunir las suficientes tropas se vió obligado a reducir sus ejércitos de ocupación en toda Europa. Entonces se comprobó el servicio que Wellington y sus aliados españoles habían llevado a cabo, y estaban llevando, porque el Emperador francés se encontraba en una situación embarazosa. Si retiraba todas sus tropas de España, no solamente caería el país entero en manos de los patriotas, sino que el Sur de Francia se vería expuesto a la invasión; mientras que si dejaba en España fuerzas bastantes para evitar esto debilitaría las que llevaba consigo a Moscú. Napoleón intentó una componenda que pronto demostró ser la peor. Redujo la fuerza francesa en España a tal extremo que sus generales no pudieron hacer frente a Wellington, como pronto lo iba a demostrar la batalla de Vitoria. Pero, además, al modo de Hitler en las etapas finales de la segunda Guerra Mundial, Napoleón se negó a abandonar cualquier trozo de territorio ocupado, por lo que se vió obligado a dejar en España muchos veteranos maduros, cuya presencia en la *Gran Armée* pudiera haber sido definitiva en la campaña de Rusia. La relación entre el fracaso en España y el de Rusia es muy estrecha.

Así terminó la Guerra de la Independencia, y nunca puede decirse bastante que no fueron los ingleses solos ni los españoles solos los que jugaron un tal importante papel en librar a Europa del yugo napoleónico, sino más bien la cooperación angloespañola. Es interesante, aunque quizás inútil, especular cuál pudiera haber sido el resultado de la campaña rusa si el Emperador francés hubiera podido utilizar los trescientos mil excelentes soldados que estaban encerrados en España.

en vez de las hordas políglotas que reunió para su avance sobre Moscú. De todos modos no puede haber duda de que el curso de la lucha en Dresden-Leipzig en el año siguiente hubiera sido muy distinto si los veteranos franceses que todavía quedaban en España hubieran estado presentes en el Elba. Napoleón se vió obligado a desarrollar su última campaña en Alemania con un ejército de tropas bisoñas que se derritió en sus manos, porque los viejos soldados que deberían haber estado con sus águilas se encontraban combatiendo contra Wellington y los *guerrilleros*.

Finalmente, ¿en qué lugar vamos a colocar al mismo Wellington? Debe admitirse, desde luego, que a lo largo de su carrera militar tuvo una gran dosis de buena suerte en varios aspectos. Sus relaciones familiares aseguraron su ascenso siendo joven; el hecho de que su hermano fuese Gobernador General de la India le permitió desplegar su aptitud desde la posición más elevada, cuando otros hombres de sus años tenían que contentarse con el mando de una compañía; y la ayuda prestada por los *guerrilleros* le proporcionó un sistema de información sin paralelo en la historia militar. Todo esto es cierto, pero el mérito supremo de Wellington fué que sabía cómo utilizar al máximo todas sus oportunidades. Muchos generales en la historia las tuvieron, pero no supieron aprovecharse de ellas. Sobre todo, tenía la habilidad no común de captar con rapidez las lecciones de muy variados tipos de guerra—en Dinamarca, en la India, en España y Portugal, y en los Países Bajos—. Si ésta es la piedra de toque de un gran general, como seguramente lo es, entonces Wellington fué ciertamente un muy gran general.